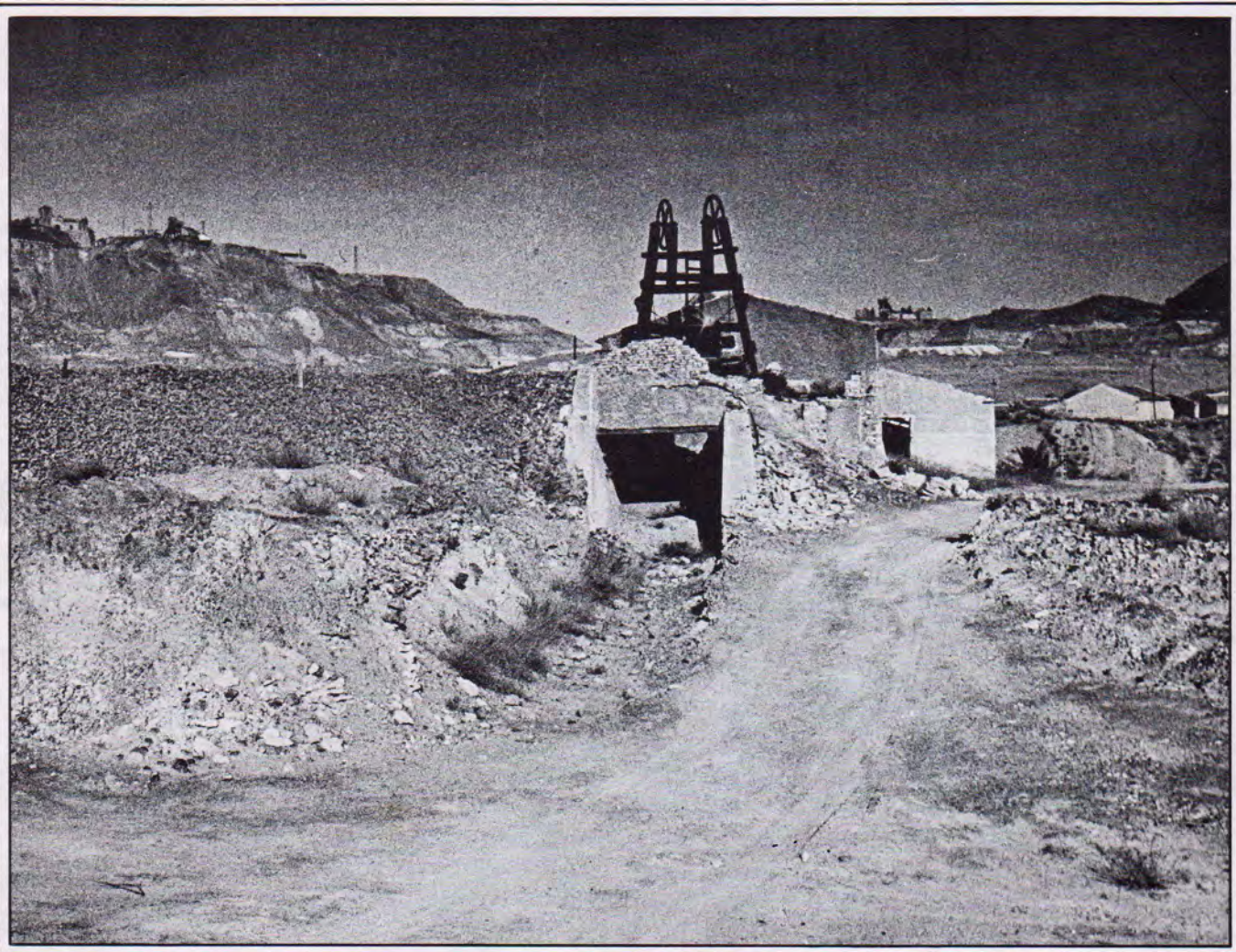


La Unión

XXIII Festival Nacional
del Cante de las Minas

14 al 20
Agosto 1983

Declarado de Interés Turístico Nacional



Los Cafés Cantantes

Los Cafés Cantantes.

Ni que decir tiene que el cante de las minas encontró en el café cantante su medio de expansión más decisivo. Cátedra de muchas resonancias jondas, el café cantante fue pronto catapulta de las mejores voces. En su “tablao” la copla “deja de ser —Julián Pemartín lo aseguró en su “Cante Flamenco”— un arte minoritario para alcanzar difusión y arraigo populares”.

Si la cuna de nuestra copla minera fue la galería, el café cantante se convirtió muy pronto en aula donde, desbastados sus flecos y rebabas, el cante fue ganando su auténtica dimensión jonda.

Precisamente las famas del Rojo el Alpargatero y Concha la Peñaranda, dos nombres claves en la historia del cante de las minas, coinciden con la edad de oro del café cantante. El Rojo el Alpargatero pone a la gente de pie cada noche, por mor de su garganta —¿escribimos mejor corazón?—. Concha la

Peñaranda, planchadora en La Unión, llega a cantar en el Burrero, de Sevilla, donde es contratada fiando en los prestigios jondos de su portentosa personalidad, tanta que sus contratos se multiplican y prorrogan “hasta convertirse en años” (Fernando el de Triana). Todo esto en un tiempo en el que en los carteles de la flamenquería se estampan los nombres de una Mercedes la Serneta, una Rubia de Málaga, una Dolores la Parrala. . .

Gentes con paladar.

En el café cantante gentes con paladar fueron modelando definitivamente la hechura de la copla minera. Andaba a las claras que el alma del cante permanecía en la mina y sólo en la mina. Por supuesto que el rito, el drama, el dolor de la llaga abierta en el costado del minero, no estaba en el café cantante, pero sólo en él podía tomar cuerpo la nebulosa de la copla, revistiéndose de sus deslumbradores ropajes, de sus doradas alquimias. Que se sepa, en el Café del Rojo el Alpargatero fueron naciendo,

para mayor gloria del cante, coplas que luego pasaron a las más exigentes antologías: “El río a nado”, “Se fue a trabajar a un puente. . .”, “El librico de fortuna”, la “copla del Manco”. . .

En La Unión, aparte del café del Rojo el Alpargatero, abierto en la calle de Tetuán, ganaron más o menos popularidad de cátedras flamencas el Café de las Bombas, el de la Micaela y el de la Aurora, en la plaza de los Benzales; el Trianón, en la calle de la Uva; el del señor Diego, en la calle Real, donde también estaba el del tío Quinamomo, el Café de la Parra, el Descargador; el del Préseles, en la calle de los Morenos. . . En la calle Mayor, el acabóse: el de José María, el de Lucía, el de la Fogonera, el de la Angeles. . .

“Los espejos verdes”.

Federico García Lorca escribió su “Café cantante”:

*Las gentes
aspiran los sollozos.
Y en los espejos verdes
largar colas de seda
se mueven.*

Corrían vinos y aguardientes, y, a veces, cuando la fiebre provocada por la “láguena” un tantico recargada o el duende fogoso de una hembra “cantaora” hacían ganar en grados a la temperatura de la sala, acababa por sonar el pistoletazo o por abrirse el blanco relámpago de la navaja de Albacete. Válidas las dos fórmulas, que ambas, por legítimas, se metieron a gusto en el temario del cante minero: “. . . Que me han de matar de un tiro”. O bien: “. . . Si tu navaja no corta, la mía dos filos tiene.”

Una noche, a la hora más bulliciosa, penetraba en el café cantante un nuevo rico —“partidario” con fortuna—, pegaba un tiro al aire por dejarse oír y anunciaba fanfarronamente que “todo estaba pagado”. Pasaba luego por caja y, efectivamente, abonaba la consumición de toda la concurrencia. Ni John Ford ni Anthony Mann se hubiesen sentido incómodos en La Unión.

Asensio Saez.

